



## ¿Por qué los hombres no vemos lo evidente?

**MIGUEL ÁNGEL OLIVARES ULLÁN, SDB.**

Director de Centro Juvenil en Salesianos-Parla (Madrid) y psicólogo

### Síntesis del artículo

El autor establece una relación entre el problema ecológico y la crisis del rol masculino del hombre actual. Hace propuestas educativas para analizar y solucionar este problema.

### Abstract

The author establishes a relationship between the ecological problem and the crisis of male role in modern man. He offers educational proposals to analyze and solve this problem.

## 1 Ecología y género

Lo evidente es que si seguimos así no sobrevivimos como especie. Y lo importante es que está en nuestras manos cambiarlo.

Me resultaría más natural decir “varones”, pero creo que suena más contundente para tod@s decir “hombres”. No es un terreno novedoso el acercamiento al problema ecológico desde la perspectiva de género. Estas letras no buscan la novedad, más bien son un compartir una necesidad visceral y dar una salida a la sensación de urgencia de cambio.

En el día a día con los jóvenes, somos much@s quienes observamos un volver atrás en lo que se refiere a la violencia y los roles de género que presentan los chicos y al olvido o desconocimiento

de las chicas del avance que las mujeres han realizado en el último siglo (aunque su lucha es vieja).

Me es inevitable relacionar esta situación con los hábitos de consumo y la cultura mediática, tecnificada y globalizada que nos rodea. Y no se me ocurre una mejor manera de abordarlo que incluyéndolo en la actual crisis ecológica y de valores que conlleva el sistema económico de fundamentalismo capitalista que nos gobierna.

Te ofrezco una imagen: al ver la película de Paul Thomas Anderson, *Pozos de ambición* (*There Will Be Blood*), me impactó su terrible e iluminadora visión de la herida y el peligro que subyacen en el “fundamentalismo capitalista”. Plasma crudamente la “fabricación” de un monstruo, un modelo de hombre, paradigmático, fruto de un sistema. Mientras cre-

ce, destruye a su alrededor relaciones, paisajes, personas, familia, ideas, religión...; pero, sobre todo, se autodestruye.

Me pregunto qué pasaría si a este hombre se le hubiera educado de otra manera. Me aterroriza saber cuántos hombres podemos estar educados como él. Me duele que en mí y en los perfiles de los hombres con los que convivo, de los que sufren la situación de paro, afloren muchos aspectos de este personaje. Me entristece reconocer sus rasgos en los jóvenes de mi ciudad. Pero, sobre todo, me angustia intuir que, tomando las decisiones que mueven nuestro sistema económico, hay hombres que se parecen a él.

## 2 El rol masculino en la lógica del capital

Urge abordar el trabajo de los roles masculino y femenino desde una concepción estructural, con el objetivo de visibilizar, cuestionar y transformar los supuestos que impone la lógica del patriarcado unida a la del capitalismo radical.

Nos encontramos con la construcción de un hombre como “trabajador eficaz”, complementado con la construcción de una mujer “ama de casa”, que considera su casa como su feudo, su marido como su pertenencia y sus hijos como propiedad privada. Los espacios se reparten en un “afuera” para el hombre, donde vende su trabajo al mercado, y un “adentro” para la mujer, de trabajo invisible, que asegura que ese hombre no piense más que en lo que le toca, recogiénolo, alimentándolo y abasteciéndolo para que, al día siguiente, vuelva a su lugar de producción. Parece que la mujer cumplimentara el papel de las valquirias de la mitología europea, que recogen los restos de los héroes-dioses del campo de batalla, para recomponerlos en su *Vingólf* (salón o casa agradable).

El avance sociocultural de las mujeres ha traído numerosos cambios y, en su lucha, han podido recuperar los espacios y potencias que les

expropiaba la construcción de roles del sistema. Pero esto no ha sucedido así con los hombres. ¿De qué tipo de trabajo hablamos cuando hablamos del hombre trabajador? La mayor perversión que se esconde detrás de la problemática del varón es su propia cosificación en tanto “ser trabajador mercancía”, tuerca del engranaje del funcionamiento capitalista, que implica una boca sellada ante la problemática silenciada de un hombre en riesgo. La identidad del hombre queda encerrada en su cárcel de “trabajador eficaz”, de proveedor de la familia y, desde allí, será mejor padre y hombre cuanto más y mejor sea lo que lleve a casa. Esa será su tarea fundamental y la clave destacada de su identidad. El trabajo asalariado de hoy es heredero de esta concepción que implica grandes expropiaciones en la subjetividad del hombre:

- Dificultad en la capacidad de aprender, no puede decir “no sé” (porque hasta el valor se le supone), lo que le dificulta la posibilidad de cuestionar los mandatos del modelo hegemónico y aprehender nuevas formas de construcción subjetiva.
- La articulación de la vida cotidiana ha caído del lado de la mujer y lo deja en un lugar enorme de dependencia.
- Padece el deterioro de una sexualidad saludable, al quedar ésta del lado del “rendimiento y de dar la talla”.
- Queda gravemente dificultada la capacidad de conectar con sus emociones y la expresión de las mismas.
- No puede asumir adecuadamente la paternidad y el afecto hacia su familia, no se le construye para cuidar y, menos aún, para cuidarse y no ponerse en riesgo.

Sociológicamente, se le supone al hombre una posición de “privilegio” masculino frente a la situación de “desventaja” de la mujer; pero esto también implica costes muy grandes y supone una trampa. Quien se sabe en desventaja se queja y busca cambios, pero

a quien se le supone una posición de privilegio no se le abre la posibilidad de afrontar una problemática sobre la que no se piensa y de la que no se habla. Esta problemática silenciada genera altos grados de sufrimiento, en hombres y en mujeres. Es indispensable hacerla visible y promover su cambio.

Hoy en día, cuando la falta de trabajo hace que las dimensiones de la vida conocida entren en crisis, las directrices de lo cotidiano pierden sus hitos y el hombre se rompe, porque si toda su actividad se expresa como fuerza de trabajo, las demás dimensiones de su subjetividad, obligadas a expresarse de manera unidimensional, colapsan en una aparente “no soy”, “no tengo valor” y “no tengo lugar”.

Esta realidad brota con toda su fuerza en lo que representa uno de los estratos frágiles de nuestra sociedad, el hombre en paro, removiendo los conceptos de clase social ya diluidos en nuestra posmodernidad globalizada. Pero la hipótesis que planteo en estos párrafos es que todo hombre oculta el “pánico” a la fragilidad que supone esta situación, y que en última instancia este temor subyace en los movimientos económicos aparentemente incomprensibles que están llevando a nuestra civilización a la autodestrucción, superando todos los límites de lo sostenible y justificable desde el punto de vista ecológico, económico, ético, cultural, espiritual y, en último término, de lo humano.

### 3 Las expropiaciones que sufre el hombre

Miremos más detenidamente las expropiaciones antes citadas y veamos cómo tienen una relación directa con la actual crisis ecológica. Realmente vamos a recorrer las estaciones de un dolor sufrido por muchos, y temido por todos los hombres. Así veremos que el fundamentalismo capitalista imperante no sólo es la causa de este dolor, sino que tam-

bién es un sistema contrafóbico que insensatamente huye hacia adelante del dolor que teme. El miedo ha pasado a ser el motor que rige nuestro mundo económico y tecnológico.

#### 3.1 La expropiación de la capacidad de aprender

La construcción de los roles es social y, como tal, se puede trabajar y transformar. Si a un hombre se le supone que tienen que poder con todo, si debe dar la talla en cada momento, no puede permitirse decir “no sé” o “no puedo porque no sé”. Por sí sola, esta construcción bloquea e impide la posibilidad de pensar nuevas formas de creación humana que respondan a las necesidades integrales de hombres y mujeres.

La situación de desempleo enfrenta al hombre a muchas de estas experiencias sin disponer de las herramientas para enfrentarlas con flexibilidad, porque le toca hacer el duelo por la “omnipotencia” perdida, aceptar la frustración de reconocer lo que no sabe y tener capacidad de esperar para aprender a conocer y manejar estas habilidades. La realidad le impone asumir que esta situación es insostenible.

Pero la dificultad aumenta infinitesimalmente cuando el hombre está dentro de ese grupo que se mueve en la cima del mercado, donde, aparentemente, se le supone el dominio sobre la economía y la tecnología imperantes. En esta posición es mucho más difícil tomar conciencia del miedo y la huida del dolor como motores que imprimen velocidad y sentido a sus decisiones diarias.

Duele tomar conciencia de que las maldades y aberraciones del fundamentalismo capitalista que afectan a la violación de los derechos humanos de los más pobres y a la destrucción de nuestro planeta son el resultado de la lógica de un hombre miedoso.

A modo del aparentemente omnipotente dios *Odín* (así llamaremos a este personaje en la cima del sistema a partir de ahora) pare-

ce que adoremos a un hombre (una élite de hombres) que esconden su miedo, bajo los pertrechos de guerra (capacidad competitiva) y la habilidad de disfrazarse (publicidad). Tuerto del ojo que conecta con las emociones, se guía por sus cuervos, *Memoria* (historia leída patriarcalmente) y *Entendimiento* (pensamiento lógico-científico-tecnológico); pero realmente le preceden y guían sus perros, *Avaricia* y *Voracidad*. Monta sobre un caballo de ocho patas, *El Resbaladizo*, representación de las pasiones humanas (ira, orgullo, vanidad, envidia, avaricia, gula, lujuria, pereza), guiadas por un jinete lleno de miedo a ser devorado por su archienemigo el lobo *Fenrir*, hijo del fraude, *Loki*, que al principio sólo era un cachorro, pero conforme se alimentó y empezó a crecer llegó a ser incontrolable. Se antoja este *Fenrir* una representación adecuada de un sistema económico y tecnológico nacido de los engaños embaucadores hijos del patriarcado. Y así tenemos al todopoderoso Odín, que cada mañana despierta temiendo el día en que tenga que enfrentarse a su criatura, ya que una profecía dicta que morirá en sus fauces.

### 3.2 Expropiación de la posibilidad de articular los movimientos de la vida cotidiana

Se da la división, por exigencia social, de dos espacios: el mundo de lo público y del trabajo, y el ámbito de lo privado, con el “trabajo doméstico”. El hombre ante el desempleo se ve, de repente, sumergido en un mundo para el que no fue “construido”, que le es ajeno; sus señas de identidad como hombre se tambalean y es incapaz de encontrar su lugar en el mismo, sobre todo cuando ese mundo “pertenecer a las mujeres”. El hábito de cuidar, la concepción de la vida como contenida en un hogar, en una casa, es una realidad tan alejada de la vida del hombre que se siente torpe y necesitado de guía para manejarse en los rudimentos más simples de la vida.

El hecho de que la casa sea “el lugar de la mujer” tiene, por lo menos, dos consecuencias claras:

- El hombre está perdido, no halla su sitio y se siente un inquilino. Desde su lugar de trabajador reclama sus “privilegios” y se enfada con la mujer, pero no asume la búsqueda de un papel más autónomo en la casa: el hombre parado que, en la comida, aunque hay lentejas hechas por su mujer, manifiesta querer comer un huevo frito, y como la mujer le dice que no, que la comida ya está hecha, se enfada, se cierra, pero no es capaz de levantarse y hacérselo. En el caso de del hombre “Odín”, cuando escucha al Papa Francisco hablar de la ética del cuidado y de ver la Tierra como una Casa Común, rebusca en sus entrañas con la intención de conectar a ellas su intelecto y su corazón, pero sólo encuentra vacío y miedo, ya que son herramientas del interior que le son extrañas.
- Pero en la casa también se encuentra con el ejercicio de autoridad de la mujer, el poder que le otorga el sistema en la construcción del reparto de roles. Y aunque hay un reclamo de la mujer para la participación del hombre en lo doméstico, cuando hay algún movimiento en esa dirección, este es descalificado, por lo que el hombre refuerza su sentimiento de inutilidad y la diferencia de los mundos, afianzando la necesidad de su presencia en el mundo del trabajo. Tareas domésticas que no ha hecho nunca, sin explicación, se da por supuesto que tiene que saber hacerlas. Como resultado se retrae porque piensa que no va a saber hacerlo bien y por eso no lo intenta. Si se queda sentado ella se pone nerviosa, y si se mueve, también. ¿Qué hacer? El hombre, si no está trabajando, es invisible e inservible, no vale nada. Nuestro Odín no admite esta invisibilidad, huye de ella aterrizado y lo hace reforzando sus convicciones e ideología, contratando especialistas que reafirmen su postura. Desde aquí

es doloroso reconocer las férreas posturas negacionistas del calentamiento global y el férreo abrazo al valor del barril de petróleo, contra todo sentido común basado en el cuidado de la vida y la acogida de la evidente fragilidad del equilibrio de nuestro planeta, alterado por nuestra manera de explotarlo carente de toda sensibilidad.

Necesitamos trabajar en la inserción del hombre en lo doméstico, pero no desde el deber ser o por colaborar con la mujer. Hemos de trabajar con los hombres la consciencia de nuestra dependencia de la mujer y reconocer en la dejación de la casa una expropiación que no nos permite habilitar un ámbito de placer y comunicación. Debemos trabajar por recuperarlo por nuestras propias necesidades. Al entender que no sólo existe una problemática silenciada del hombre, sino que también pueden tener elementos de análisis para percibir cómo funciona y que se trata de guiones sociales que nos alienan de nuestra humanidad (y no sólo se trata de una incapacidad o una maldad), podemos aflojar algo las espaldas, distanciarnos un poco de la culpa y generar márgenes para pensar formas de traer el cambio.

Es fundamental que el hombre se sienta en la Tierra como en la Casa Común que es, pero no desde la imposición ideológica, sino por la conciencia de que la dejación de la Casa es una expropiación que le lleva a destruir su propia felicidad y la de los que ama.

Entender los supuestos falsos de ambos, hombres y mujeres, permite trabajar junt@s para su superación y levantar la mirada para la transformación de las condiciones de creación de los mismos.

### **3.3 La capacidad de conectar con pliegues de la subjetividad (trabajar los afectos, expresar sentimientos, etc.)**

El hombre tiene grandes problemas para conectar con lo que siente, con lo que le pasa. A menudo se entera por medio de otro (nor-

malmente otra), por lo que le devuelve su estado de ánimo. Los hombres y mujeres poseen las mismas necesidades psicológicas: amar y ser amado, comunicar emociones y sentimientos, ser activo y pasivo; pero el ideal masculino prohíbe a los hombres satisfacer esas necesidades humanas. Falta el diálogo entre hombres, hablamos muy poco, como si tuviéramos miedo de decir que nos pasa algo. Tiene que ver con la educación.

¿Qué pasa cuando llega el desempleo? Como la sociabilidad está puesta sobre todo en el trabajo y se da con los compañeros de trabajo, fuera del trabajo no hay amigos, sin trabajo sólo queda el encierro en uno mismo. Se puede llegar a la dramática revelación de que no se tiene amigos reales, que sólo se tiene compañeros de bar. Y de nuevo el miedo impide expresar todos tus sentimientos de incertidumbre, se guarda silencio por temor a hacer daño a nuestro alrededor a hijos, amigos y mujeres. Si se te supone capaz de arreglar todo, el problema es tuyo. Se arrebató así la posibilidad de compartir. A todo esto se añade el prejuicio económico, pues si se habla con los amigos de la situación de empleo, creen que se les va a pedir dinero, y se bloquea la capacidad de escuchar. Es triste ver que cuando un amigo le pide ayuda a otro, solo cree que puede ayudarle comprándole algo, dándole dinero, invitándole a algo. Así es como el sistema nos ha enseñado. Y lo mismo sucede con los hijos, en vez de escucharles se les da cosas para demostrar que se les quiere. En el momento en que el trabajo, que da la identidad y un lugar valorado en la sociedad, desaparece, la posibilidad de sostener y expresar afectos también se ve severamente afectada. El hombre se encierra y no saca fuera lo que le pasa. La sociabilidad con los otros hombres se establece en términos de "producción de objetos", regalos, dinero. Pedir ayuda o dar ayuda, queda restringido nuevamente al plano de "proveer". En la familia, del rol de proveedor, produce el sentimien-

to de falla, pérdida de autoestima. El hombre se siente mal, pero no es capaz de explicar lo que le pasa. Y si los sentimientos no se elaboran, pasan factura y se expresan de otras maneras: la violencia, las adicciones, la enfermedad... acechan.

Nuestro Odín tiene que afrontar su propio dolor, su soledad y la culpabilidad que acarrea ser artífice de un sistema que genera exclusión, destrucción, violencia, contaminación y muerte. Y todo esto para poner en duda un sistema que se supone garantiza que nunca se dé lo que más teme: la indefensión, la escasez, el vacío. Por muchos objetos del bienestar que produzca el sistema que sostiene, cabalga en una dirección que le aleja de las personas concretas, que terminan convirtiéndose en mano de obra, consumidores o descartados.

La recuperación de esta expropiación se trabaja con procesos educativos, largos, conscientes, solidarios y fundamentados en la misericordia, que reconoce la propia miseria y abraza la de los demás, con la intención de traer dignidad y una vida que garantice un justo reparto de los bienes que verdaderamente abundan en nuestra Casa Común, la Tierra. Pero todo el desarrollo de este programa educativo se fundamenta en pequeños pasos como compartir espacios grupales con otros hombres para expresar los dolores comunes, para construir las condiciones y compartir los elementos de análisis imprescindibles, para extender este logro a todo el entorno de su vida. En el caso del hombre parado, en su entorno (barrio, ciudad, pueblo), y en el caso de nuestro Odín, en foros de reflexión adecuados donde se abra la posibilidad de hablar de estos temas sin condenas ni demonizaciones, pero con una responsabilidad creativa.

### 3.4 *La expropiación de la paternidad*

Desde lo que vimos en la construcción del rol del "hombre trabajador", como núcleo de identidad del hombre, la paternidad, en principio, es algo que se expresa desde una posición de

proveedor: que a l@s hij@s no les falte nada, se relacionará desde lo que pueda darles de materialidad. El hombre no escatima en la entrega de sus horas en el trabajo, y está dispuesto a hacer lo que sea (con todo lo que esto conlleva) para que a los suyos no les falte de nada. Este hombre está ausente en los cumpleaños de los niños, las citas con el médico, el cuidar la salud, al levantarse por la noche para ver qué pasa o si están enfermos, en las tareas y las cosas del colegio, la educación, la elección del colegio, en los tiempos de hablar y jugar.

Una vez que el hombre se encuentra en el temido paro está perdido, no sabe qué función y lugar le toca. Descolocado, mira a la autoridad de la mujer-madre, reina de la casa, y, roto su rol de proveedor, le es imposible pensar qué papel tienen los límites en la construcción de autonomía de sus hij@s. La dificultad de conectar con sus sentimientos le lleva a la distancia afectiva que lo pone afuera, para soportar ese estar lejos de sus hij@s y de su casa. Y su rol de estar lejos de su casa, cumpliendo su papel de trabajador, también hace que l@s niñ@s sean vivid@s como "coto de la madre", pero ahora, dentro del hogar, sin posibilidad de trabajar, no se encuentra a sí mismo.

Cuando nuestro Odín escucha la voz de todas las tradiciones religiosas y culturales, de los movimientos sociales e intelectuales que abogan por la preocupación por el planeta, por los pobres, por el futuro de las próximas generaciones, este hombre se encuentra perdido. Le es imposible saber qué papel desempeñar si no es el de proporcionar bienes de consumo y obtener el máximo beneficio que garantice un "imperio" de bienestar y protección para sus hij@s. Blindar sus abundantes bienes y sus hogares es su inercia. ¿Cómo es posible que esto ponga en peligro la vida y el futuro de sus hij@s? ¿Cómo es posible que el haber utilizado todos los medios a su alcance sea objeto de juicio?

Si ahora le pedimos que cuide y respete la Casa Común, que empatice con los pobres, que cuestione su manera de construir el mundo, no se encuentra a sí mismo.

### 3.5 Expropiación de la capacidad de cuidarse y de evaluar el riesgo

La construcción de la identidad masculina determina una particular relación entre el hombre y su cuerpo que le hace difícil cuidarse. El hombre siente que “puede con todo”, que está bien, que todo está bien y, en consecuencia, no tiene por qué consultar. Porque si se da lo contrario, “algo no anda bien”, no entiende qué es lo que no funciona, no encuentra sentido, se encuentra “entregado”, “rendido” o “furioso”. Esta actitud nos expone a numerosas situaciones y conductas de riesgo en relación a su salud. Vivimos subjetivamente el cuerpo como si fuera una máquina, un instrumento, que se usa para trabajar, tener relaciones sexuales, etc. No “es mi cuerpo”, sino que hay una disociación que permite “forzar la máquina” para tener un mejor rendimiento. El hombre no piensa en ir al médico como medida preventiva o de cuidado, si va es como ir al mecánico para que arregle los desperfectos. Al cuerpo se lo pide que trabaje, que responda, que esté bien, que siga funcionando, que dé más, que sea competitivo, que mantenga la fuerza de la juventud. Se fuerza el cuerpo desde el rol y, encima, se le pide más. Esto nos incapacita para evaluar riesgos en el cumplimiento del rol y nos expone a grandes riesgos como accidentes laborales o de tráfico. El hombre queda a merced del cuidado del otro, en general de su mujer, en una dependencia que ya conocemos en otros ámbitos: cree que debe ser cuidado y se cree incapaz de cuidarse, mientras se le obliga a que fuerce la máquina-cuerpo.

Nuestro Odín establece un terrible paralelismo entre la relación del hombre con su cuerpo y la relación de las estructuras generadas

por el hombre con la Tierra, la naturaleza y la misma humanidad, sobre todo con la más sobreexplotada y empobrecida. Simplemente se supone que se “puede con todo”, que “todo está bien” y en consecuencia, no es necesario ningún cambio ideológico, estructural o material. El sistema ha de ser competitivo, debe mantener el crecimiento económico, el consumo, la búsqueda de bienestar... ¿Y la sostenibilidad...? Quedaría en manos de estructuras o entidades que cuiden, reparen y tomen medidas paliativas ante los destrozos. El problema es que la Tierra y las personas, como el cuerpo, tienen una capacidad limitada para soportar el maltrato.

### 3.6 Expropiación de la sexualidad

La posición que el hombre establece con la sexualidad se concreta en una relación de exigencia, de rendimiento, de tener que dar la talla siempre, lo que impide una vivencia saludable. No apunta a una relación afectiva que permita obtener satisfacciones de las que nutrirse y valorarse, sino que adquiere características de evasión del trabajo (o la falta de él) y de los problemas, de desahogo. Queda patente cómo el rol de hombre trabajador se expresa de manera contundente también en la sexualidad, ya que se comporta con respecto a la sexualidad del mismo modo que frente al trabajo. El miedo al “gatillazo”, el no poder expresar que no se desea una relación sexual, la impresión de la demanda de cantidad en detrimento de la calidad en las relaciones sexuales, la sensación de que es algo que no se puede hablar con nadie, y, en algunos casos, la total inconsciencia de estar viviendo estas situaciones.

En cuanto sale de la cadena de producción, el hombre en paro empieza a encontrar insatisfacción y desajustes en su concepción de la sexualidad y en la vida afectiva con su pareja, y aparece un extrañamiento de su conformidad con lo que ha estado viviendo. Pero, a la vez,



siente la dificultad y la falta de recursos ante el reto que supone la superación de la inercia.

Nuestro Odín cabalga sobre un sistema económico que ha hecho del dominio y del comercio con la sexualidad una de sus banderas. La prostitución, la pornografía y el comercio sexual siguen una lógica que paradójicamente se basa en una imagen autoexigida de potencia, rendimiento y capacidad de dominio, que termina generando una cultura de la evasión que devora a los sectores más frágiles y empobrecidos de la humanidad. Y ha terminado imponiéndose una “cultura” del sexo mecánica y rentable. La paradoja es que nuestro ya entrado en años Odín anhela la intimidad real de una relación en la que pueda expresar su cansancio y su miedo. Y es que el dominio requiere una capacidad de rendimiento y vigilancia que desafían los límites de la salud y la sensatez de cualquiera. Y la sexualidad, lejos de ser el descanso del guerrero, se ha convertido, en algún momento de su historia, en una batalla más.

## 4 Aprender a aprender

“Aprender” a recuperar “la capacidad de aprender” permite desarrollar capacidades que siempre estuvieron ahí, pese a todas estas expropiaciones exacerbadas en tiempos de desempleo y en tiempos de crisis ecológica:

- *Aprender a rearmar un espacio relacional fuera del trabajo.* Con el paro los amigos del trabajo han desaparecido, pero se les puede recuperar en otros ámbitos, si sabemos salirnos de lo asignado por el sistema. Odín puede buscar el diálogo con personas y grupos con ideas y maneras de vivir diversas a las suyas: si supera su miedo puede encontrar el aire y la frescura ideológica para liberarse de las exigencias del “tener éxito” para pasar a descubrir nuevas maneras de llevar la vida adelante con éxito.
- *Generar nuevas relaciones que permitan la satisfacción de las necesidades afectivas se impone cuando el desempleo nos aparca del mundo*
- *laboral.* Para Odín, descubrir sus necesidades afectivas le despertará la empatía y la compasión; entonces necesitará de la misericordia para poder acoger su ceguera, y podrá descubrir la riqueza de necesitar de los demás.
- *Aprender a establecer nuevas relaciones en la pareja,* cuestionando y comenzando a desmontar los roles establecidos y los espacios establecidos para cada rol, parece una necesidad evidente en la vida del parado. En la vida de Odín la apertura a la reflexión y a la riqueza que aporta el pensamiento feminista y la cultura del cuidado, así como el acercamiento honesto a los logros de la lucha de la mujer para salir de los roles impuestos por el patriarcado, puede aportar una luz con la que su ojo ciego sane.
- *Aprender las cosas que no se sabían, asumiendo un lugar activo en la satisfacción de las necesidades, en lo que hace a la recuperación de la autonomía en la vida cotidiana.* Si el parado entra de verdad con un papel activo y respetuoso en su hogar, puede servir de inspiración al temeroso Odín, y quizá así pueda arriesgarse a ver su propia fragilidad y la de la Casa Común que habitamos tod@s.
- *Encontrar y aprender una nueva manera de relacionarse con l@s hij@s desde un lugar distinto al de proveedor,* que lo deja vendido al afuera de la producción y que también refuerza el rol de la mujer, buscando caminar junt@s para ser seres humanos felices. Quizá así, Odín empiece a plantear sus objetivos pensando en el bien de las próximas siete generaciones.
- *Poder realizar un duelo sobre el cuerpo “invulnerable” y aprender a conectarse con el cuidado y el autocuidado* llevará al hombre en paro y a Odín a amar su propia fragilidad y el milagro de la vida que es nuestro cuerpo y el planeta Tierra.
- *Aprender a conectar mejor con sus necesidades emocionales y las de la pareja* para poder tener una sexualidad más integral y satisfactoria llevará al hombre parado a tener una relación



más auténtica consigo mismo y con su pareja. Quizá lleve a Odín a recuperar la conciencia del vínculo inquebrantable que hay entre la sexualidad y la afectividad, entre la economía y la ética, entre el bienestar y la justicia, entre el beneficio personal y el bien común.

## 5 Algunos retos educativos

- Trabajar los malestares de la vida cotidiana, invisibles, pero que se cobran altos precios en salud.
- Lograr un grado de reflexividad que cuestione los consensos sociales básicos que hacen ver como normales y naturales roles que condicionan importantes grados de malestar en la vida cotidiana de las personas.
- En el caso de los hombres es necesario desarmar el rol del hombre en sus características más hegemónicas.
- Crear espacios de reflexión sobre la problemática de que se trate, brindar elementos de análisis para posibilitar la búsqueda de alternativas más saludables y con mayor grado de autonomía, y favorecer el desarrollo del protagonismo personal y social
- Buscar cambios tanto a nivel personal como colectivo, promoviendo la salida del individualismo y generando nuevos vínculos y redes.
- Encontrarse con la potencia explicativa que se da sobre los roles para enfrentar de lleno el imaginario social hegemónico y la normalidad supuesta.
- Ver que en los entresijos del sistema se busca generar personas que sean afines a las condi-

ciones de producción y reproducción del sistema, aplastando “la humanidad de lo humano”.

- En el caso del hombre, poder visibilizar las condiciones de construcción de sus malestares le permitirá deconstruir el rol de hombre todopoderoso, trabajador, posicionarse de manera diferente frente a sus expropiaciones y trabajar por recuperar lo perdido: el cuidado propio y ajeno, la relación con los hijos, la relación con la pareja y la posibilidad de expresar sentimientos.
- Descubrir que a hacer pequeños cambios nos posibilita empoderarnos y llevar a cabo estrategias para recuperar las riendas de la propia vida, sin sentirse aplastados por el sinsentido de la falta de empleo y de la necesidad de reconocer que la manera de construir el mundo que he aprendido y sostenido es dañina para mí, para l@s mí@s, para la humanidad y para la Tierra.
- Que como el hombre es más que el trabajo que pueda hacer y las ideologías a las que se adhiere, puede encontrar maneras creativas y alternativas de ser humano con l@s demás en esta Tierra.

### Nota Final

Mis felicitaciones a aquellos varones que se han sentido molestos al no sentirse reflejados en el “hombre” descrito en este artículo. Gracias por la valentía que requiere el encuentro con vuestra subjetividad, por la escucha, la valoración y la admiración que sentís por el camino recorrido por las mujeres en estos terrenos y por vuestro empeño en ser profundamente humanos.

MIGUEL ÁNGEL OLIVARES ULLÁN

### BIBLIOGRAFÍA

- **Waisblat, A.** (2013. Revisado 2014). *El impacto del desempleo en la subjetividad masculina. Una intervención comunitaria con hombres en situación de desempleo desde los ProCC.* Jornadas 2013/ Cuestiones de Género: Los aportes ProCC. La Habana. Cuba.
- **Hernando Gonzalo, A.** (2008). *Género y sexo. Mujeres, identidad y modernidad.* Claves de Razón Práctica n° 188, pp. 64-70.